

Obituarios a destiempo

El rey del rock

Sealtiel Alatraste

16 de agosto de 1977: Muere Elvis Presley, quien fuera conocido como el Rey del Rock.

Debe haber sido enero de 1957, el cumpleaños de mi hermana Mireya estaba por llegar, y con mis ahorros (lo que me habían dejado los Reyes de regalo) fui a comprar un disco que a ella le gustaba mucho: *Levántate Susanita*, con los Everly Brothers. Me encontraba en Privada de Monte Líbano, la calle donde vivía mi madrina Maicho, y entré a una pequeña tienda que estaba frente a su edificio. Lo primero que me sorprendió fueron los discos apilados según las revoluciones.

Tengo que abrir un paréntesis temprano: (algún joven lector puede pensar que en la frase anterior hay un error de formulación, y que cuando digo *revoluciones*, me refiero a la cubana, la rusa, o la angoleña, pero se equivoca, por revolución en este caso me refiero a la velocidad a la que los discos de pasta giraban en la tornamesa: 33 1/3; 78; o 45 revoluciones o vueltas por minuto. El tamaño de cada disco también era diferente, los más lentos —33 1/3— eran los más grandes, y de ahí iban achicándose. La otra diferencia, dicho con todo respeto, era el hoyito, pues mientras los de 33 1/3 y 78 tenían un orificio pequeño, los de 45, que eran los más pequeños, tenían un hoyote. Esto se debía, dicho nuevamente con todo respeto, al palito en el que se los colocaba, o se les introducían, en la ya mencionada tornamesa. Hecha esta aclaración —si el joven lector por quien abrí este paréntesis no entendió nada no es culpa mía— procedo a cerrarlo sin más trámite).

Entro, como ya dije, a una tienda, y le pregunto a un muchacho que está tras un mostrador por el disco que quiero regalarle a mi hermana. El chico va a un estante, saca

el disco, y me lo da. Es de 45 —los chiquitos, los baratos— y cuesta tres pesos con cincuenta centavos. Yo llevo cinco. Le pago con mi billetote y me dice: “Estamos de oferta, por cinco pesos te llevas dos”. “¿Cuál otro me puedes dar?”, le pregunto. “¡Hombre!”, me contesta, “ni dudarlo: uno de Elvis”. Regresa al estante y me entrega uno que por un lado tiene *Don't be cruel*, y del otro, *Hound dog*. Como acabo de cumplir ocho años no tengo experiencia con lo que es el ridículo intelectual, y le pregunto: “¿Quién es?”. El chico me ve como si de repente se hubiera encontrado con un marciano. Hace un año que un cantante de Memphis ha revolucionado la música popular (revolucionado en el sentido primigenio de la palabra, o sea, en el de poner las cosas *patas para arriba*, que nada tiene que ver con la velocidad de los discos que grababa). “¿No conoces al rey del rock?”, me pregunta incrédulo. Estoy a punto de contestarle que ni siquiera sé lo que es el *rock and roll*, pero tengo un atisbo de que voy a sufrir mi primera experiencia con el ridículo intelectual, y no sé de dónde me viene la inspiración para contestarle: “¡Ah! Dijiste Elvis. Yo entendí Pelvis, y no sabía a quién te referías”. Como el burro que tocó la flauta, he atinado por casualidad. El chico ríe, y me dice: “Es lo mismo, Elvis mueve la pelvis como nadie”. Sonríó, tomo mis discos, pago mis cinco pesotes y me voy a toda prisa.

En casa de mi madrina le doy su disco a mi hermana. Su cumpleaños es la siguiente semana, pero le digo: “Te doy ahorita tu regalo con la condición de que me pongas este disco”, y le largo el disco del cantante que mueve como nadie la pelvis. “Trato hecho”, me contesta, pues tiene permiso de usar la consola Garrar (que según mi madrina era muy fina). Cambia el palito de los

discos de 33 1/3 por el tronco grueso de los de 45, y pone mi disco. Empezamos a escuchar *Don't be cruel*, y siento una conmoción. Me acuerdo de un programa de televisión que habíamos visto hacía poco, donde aparecía un joven, con una guitarra colgada del cuello, cantando en pose de contorsionista: con el cuello en escorzo de estatua renacentista, girado noventa grados a la izquierda, parado de puntillas, sostenido por unas piernas que inconcebiblemente se juntan en las rodillas, y moviendo la pelvis frenéticamente. Otro recuerdo viene a mi cabeza: mi papá, que está sentado con nosotros, dice: “¿Cómo les puede gustar alguien que grita tanto? En mis tiempos sí había cantantes de verdad y se llamaban *crooners*”. Mis hermanas, que ya son adolescentes y empiezan a bailar sus primeros *rock and rolles*, se vuelven a verlo como si se dieran cuenta que han sido educadas por un viejo decrepito. Yo, que soy un imberbe ignorante pero me convierto en el heraldo de mi generación, le digo: “Pus a mí me gusta mucho”.

Esa tarde en casa de mi madrina ha quedado para siempre en mi memoria; la voz de Elvis, Pelvis, Presley, me cautivó para siempre. El año anterior había aparecido en el escenario musical de los Estados Unidos seduciendo a una juventud sedienta de cambios. Su canción, *Heartbreak hotel*, había ocupado los primeros lugares del *Hit Parade*. La idea de la letra había surgido de la nota de un suicida que había sido reproducida por el *Miami Herald*, y más allá del sugestivo título, los jóvenes que la escucharon por primera vez sintieron que, paradójicamente, era momento de tomar su vida en sus manos y tirarla por la borda. Poco después aparecieron las piezas que catapultaron a Elvis a la fama y que yo adquirí en la tien-

ditada de Privada de Monte Líbano. *Don't be cruel*, era una composición personal en la que Elvis se convirtió no sólo en su propio productor, sino que enlazó con el romanticismo juvenil que renegaba del acaramelamiento típico del medio siglo, que manifestaba sus exigencias sexuales para desembarazarse del corsé que la sociedad quería imponerle. *Hound dog*, era un clásico del *blues*, grabado por primera vez en el año 1953, que Elvis transformó en un auténtico *rock and roll*. El alma del viejo sur norteamericano, así, renacía en las ansias desenfrenadas de libertad de la juventud que empezaría a llenar las salas para escuchar a su nuevo ídolo.

Elvis Aaron Presley había nacido el 8 de enero de 1935 en Tupelo, Mississippi, en un parto de gemelos del que sólo él sobrevivió. Al ser hijo único va a convertirse en un niño bastante *enmadrado*, que se cree destinado a cumplir todos sus caprichos. Su familia es un clarísimo ejemplo de *white trash*. Su padre chamea donde y cuando puede pero con muchos apuros económicos. La música es un refugio que lo marca

desde pequeño y, en 1943, durante la feria anual de su pueblo natal, Elvis, subido a una silla, canta un viejo tema *country*, *Old sheep*, obteniendo su primer gran éxito. Nadie podía imaginar que su carrera adquiriría una velocidad de vértigo que transformaría la escena musical norteamericana. De la misma manera, era imposible imaginar que después de convertirse en el Rey de *Rock* iba a morir de manera hartamente dolorosa y contradictoria.

Durante los años setenta, Elvis está más presente en el gusto del público que en la década anterior, pero empieza a resultar algo patético para el nuevo gusto rockero: las lentejuelas, los medallones, las hebillas enormes y sus famosos golpecitos de karate empiezan a hartar a una juventud que sufre los estragos de la Guerra de Vietnam. Por cierto, su instructor de karate se fuga con su mujer y él monta en cólera (y eso que él era un mujeriego sin pausa ni reposo). Por otro lado, su salud empieza a declinar por tantas dietas y las pastillas que ingiere para cualquier cosa, lo que le ha convertido en un

drogadicto. Es en esta época cuando le solicita al Presidente Nixon que lo nombre agente especial antidrogas y pueda proteger a la juventud que lo adora. En los conciertos usa corsés y pañales porque su deterioro físico es tal que de vez en cuando pierde el control de sus intestinos.

Elvis Presley muere la noche del 16 al 17 de agosto de 1977, y a la mañana siguiente, su compañera del momento lo encuentra tirado en el suelo del baño. La explicación oficial es muerte natural debido a un ataque al corazón, aunque lo cierto es que se le detectaron once tipos distintos de droga en el organismo. Su muerte termina de forjar el mito y en varios Estados ondea la bandera a media asta. Hay un intento de robar su cadáver y varios espiritistas dicen haber contactado con él. La RCA reedita todos sus discos, y el Presidente Carter emite una declaración oficial de condolencia: el deceso de Elvis priva a los Estados Unidos de una parte de sí mismo... Su leyenda continúa hasta nuestros días. Para muchos, Elvis, el único Rey del *Rock* vivirá por siempre. **U**



Elvis Presley, 1960



Elvis y Priscila Presley con su hija Lisa-Marie, 10 de febrero de 1968